

La misoginia: apuntes y reflexiones

De Adán a Orfeo

Daniel Cazés Menache

Sociólogo, antropólogo, escritor, investigador de la UNAM, Daniel Cazés, 1939-2012, devela los orígenes del odio a la mujer a través de la exploración de mitos primordiales y expone los efectos de la supuesta supremacía masculina que ha prevalecido a lo largo de la historia.

Expongo aquí, de manera breve y en términos generales, mis primeras reflexiones en torno al ambiente en el que se desarrollan la ciencia, la filosofía y la política, al medio ideológico y moral fluido en que se plantean las cuestiones de las búsquedas científicas, se crean y sistematizan los conocimientos, se elaboran y procesan las interpretaciones y el pensamiento, al tiempo que la acción se concibe y es puesta en marcha.

Me refiero al complejo sistema de condiciones, situaciones y circunstancias jamás explícitas y siempre dadas por sobreentendidas como algo tan natural que no exige siquiera que se piense en ellas.

Es el manto omnipresente e invisible o invisibilizado que envuelve todo.

Lo primero que considero preciso señalar es que, siendo el enfoque general básico y la motivación inescapable, la circunstancia inalterablemente arraigada en las relaciones cotidianas está presente en cualquier proceso de elaboración intelectual rigurosa.

Se expresa directamente o enmarcada en signos, señales y símbolos, en lo que se dice y en lo que no es necesario decir o es necesario no decir, en la cotidianidad intangible y en los tiempos sacros de los ritos y rituales que rodean, validan, reproducen y actualizan los mitos básicos

de todas las sociedades, de todas las culturas de que tenemos noticia directa o por inferencia de fuentes indirectas.

Los mitos de la creación o mitos de origen responden a la estructura social del momento en que son establecidos; sin embargo, la mayor parte de las veces es posible hallar rastros de mitos anteriores que, actualizados o no, subsisten aún de manera contradictoria puesto que son fundamento de ideologías destinadas a satisfacer necesidades e intereses de dominio y consenso diversos.

La antropóloga Peggy R. Sanday analizó ciento doce mitos de creación en otras tantas sociedades y halló que en treinta y dos de ellos la creación es efectuada por una pareja divina.¹

Los mitos paleolíticos reconstruibles parecen haber sido sometidos a adaptaciones de importancia durante el segundo milenio AEA (antes de la era actual), que equivale a los inicios del neolítico, es decir, de las sociedades sedentarias y agrícolas, en que las formas patriarcales de recolectores y pastores se instituyen como la organización primigenia del Estado.

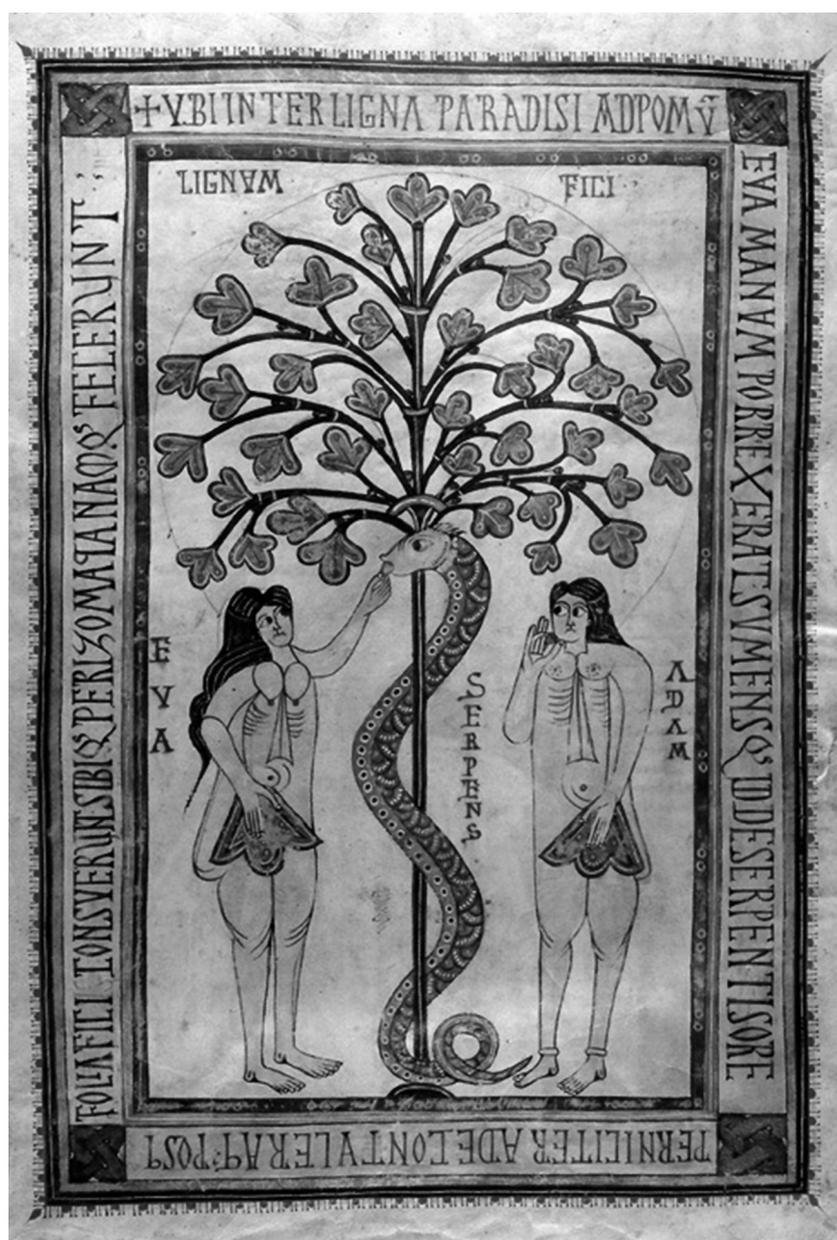
¹ Peggy R. Sanday, *Female Power and Male Dominance: On the Origins of Sexual Inequality*, citado por Gerda Lerner, *The Creation of Patriarchy*, Oxford University Press, New York, 1986, pp. 145 y ss.

Una de las adaptaciones fundamentales fue la institución de una deidad suprema todopoderosa, omnisciente y omnipresente que fue sustituyendo a las deidades tribales y locales que no eran concebidas con tales poderes. El ámbito de la adaptación de las creencias se ubica en tres cuestiones ideológicas fundamentales: 1. Quién crea la vida, 2. Quién trae el mal al mundo y 3. Quién media entre los humanos y lo sobrenatural, es decir, con quién hablan los dioses.²

Estas cuestiones se traducen en los mitos en el paso del culto al útero al culto al semen. En segundo lugar del paso del árbol de la vida al árbol del conocimiento y, como tercera parte, de la era sagrada a los pactos bíblicos.

El culto a las diosas de la fertilidad puede ser contemporáneo de la instauración de la misoginia indiscutible, con el surgimiento de las sociedades agrícolas sedentarias y la estructuración de las diversas opresiones o el fortalecimiento de las que existían previamente.

² Gerda Lerner, *op. cit.*



Adán y Eva, Real Biblioteca del Monasterio del Escorial, siglo X

Esas figuras, por ejemplo, las encontradas en gran número en el antiguo Israel de los siglos VII y VIII AEA, corresponden a la época en que el culto a Jehová ya estaba establecido.

También pueden corresponder a la religiosidad popular en coexistencia con la religión oficial y mostraría la supervivencia de cultos a la fertilidad.

Hacia el cuarto milenio AEA en el Medio Oriente existía el culto a deidades locales de la fertilidad de las que se encuentran muchas estatuillas. Las figuras femeninas con rasgos sexuales exagerados, referidas a la maternidad, hacen tal vez referencia a creencias en diosas. Estas deidades eran veneradas en Sumeria aparentemente con el nombre de Ninhursag e Inanna. En Babilonia, Kubab e Ishtar, en Fenicia como Astarté, y en Canaán, Anath. Las que parecen tener un equivalente en Grecia, con el nombre de Hékate. En general se les asocia simbólicamente con la luna, lo que las acerca a la idea de cercanía con la naturaleza y con la noche.

Los cultos a la deidad femenina se basaban en la creencia de que es ella la que crea la vida. Cuando el culto se intensifica en épocas más propiamente patriarcales lo que se resalta son sus cualidades maternas. Y además, en el caso de Ishtar, como patrona de las prostitutas, de las tabernas, y también se le considera como la novia virgen de los dioses.

La supremacía en el culto de deidades femeninas se expresa en los mitos de creación más antiguos que dan a la diosa el poder de la creación de la vida. En Sumeria, la diosa Nammu crea al dios masculino del cielo (An) y a la deidad femenina de la tierra (Ki). En Babilonia, Tiamat y su consorte son los progenitores de dioses y diosas. En la versión asiria de un mito sumerio la sabia Mami, o también llamada Nintu, es el útero que creó a la especie humana, dándole forma con arcilla. Y fue el dios Ea el que abrió el ombligo de esas figuras para completar el proceso de creación de la vida. En otra versión de la misma historia, Mami, presionada por Ea, hizo ella sola todo el proceso. Más tarde en Grecia, Gaia en un parto virginal, crea al cielo y también a los seres humanos.

En Sumeria y Acadia, que están entre las primeras culturas sedentarias y agrícolas, aún prevalecía el reconocimiento de que el proceso de creación es resultado de la colaboración entre principios femeninos y masculinos, lo que por un lado es quizás un resto de lo que Riane Eisler llama sociedades solidarias y, por otro, de que originalmente las deidades semíticas eran parejas.

En algunos casos, la deidad femenina tiene un socio masculino que puede ser un hijo o un hermano, obviamente más joven que ella.³ En el cantar de Gilgamesh, Enkidu, personaje que vivía en armonía con la natura-

³ *Ibidem*, p. 149.

leza y podía hablar con los animales, recibió la sabiduría a través de su relación sexual con una prostituta. En las mitologías mesopotámicas, la serpiente está presente con frecuencia en asociación con las deidades de la fertilidad, de quienes guarda los secretos del conocimiento. La base del conocimiento del bien y del mal es, casi siempre, el descubrimiento del sexo. En el contexto histórico del momento en que fue redactado el Génesis, la serpiente seguía asociada a las deidades femeninas de la fertilidad y las representaba simbólicamente. En el castigo, la sexualidad femenina queda reducida a la maternidad, limitada incondicionalmente y subordinada al marido. Por lo que la mujer debe dar a luz con dolor.

Las diosas de la fertilidad aparecen ligadas a árboles y acompañadas de aves y serpientes, así como por otros símbolos de la fertilidad. Hay una diosa serpiente minoica que está con los brazos descubiertos. Estas deidades están relacionadas con la tierra, con las estrellas, con la naturaleza, con los seres humanos, con la vida y con la muerte.⁴ En Egipto la diosa Nun es una serpiente que sale del mar y crea la tierra.

Los cambios sociales acentuaron la guía de líderes familiares y del poder militar en los momentos en que prevalecen las deidades masculinas y sus símbolos.⁵ Las deidades femeninas que actuaban eventualmente con sus hijos o hermanos como deidades auxiliares pasan a ser hijas o esposas de las deidades masculinas de la fertilidad de la tierra. La diosa mesopotámica Damkina, señora de la tierra, se convierte en consorte de Ea o de Enki, dios de las aguas. La diosa madre (Nihlil, Nihntu, Ninhursag y Aruru) sufre cambios semejantes. La más antigua descripción del panteón sumerio muestra a la diosa de la tierra Ki presidiendo en común la creación con An, dios del cielo, y ambos dirigen a los dioses en Nippur.⁶ Ninhursag es la señora de la montaña. Enki, que es el señor de la tierra, desplaza a Ki, hacia el 2400 AEA. Esto viene con una creciente influencia de los sacerdotes en el espacio de los templos, de las cortes, y del conjunto de las ciudades-Estado. En esa época queda eliminada la diosa Nammu.

Anath es la hermana-consorte de Baal y Mot (dios de la muerte y del inframundo) es su adversario; Mot mata a Baal y Anath lo mata a él. Con las cenizas de Mot se restablece la fertilidad de la tierra. Cuando regresa Baal del mundo de los muertos, queda como el dios supremo y Anath va perdiendo poder. En Lagash, así ocurre con el dios Ningirsu y su esposa Bau.

Ya en tiempos de Hammurabi, se codifican las leyes y se establece el sistema de parentesco. Es así como el rey asume una parte de los poderes divinos. No es sorpren-

dente que en el proceso la diosa madre no sólo pierde su supremacía, sino que resulta domesticada y transformada en esposa del dios supremo. Pero de diversa manera sus poderes permanecen en la religiosidad.

En Elam, en el tercer milenio, la diosa suprema es la diosa madre, pero enseguida su marido Humban la desplaza, lo mismo ocurre en esa época en Anatolia, Creta y Grecia. En Egipto Isis deja su lugar a Osiris.

En el segundo milenio AEA, hombres y mujeres tenían la misma relación con las fuerzas misteriosas, representadas por dioses y diosas. Las distinciones de género no eran todavía útiles para describir las causas del mal y la cuestión de la muerte. El dolor y el sufrimiento humanos se debían a la pecaminosidad de hombres y mujeres y a su falta de cumplimiento de sus deberes hacia las deidades. La cuestión filosófica: ¿quién crea la vida humana y quién habla con dios?, tenía entonces una respuesta: los seres humanos, hombres y mujeres.

Cualquiera que fuera el poder reproductivo y sexual de las mujeres en la vida real, su igualdad básica no po-



Adán y Eva, Real Biblioteca del Monasterio del Escorial, siglo X

⁴ *Ibidem*, p. 148.

⁵ *Ibidem*, p. 152.

⁶ *Ibidem*, p. 154 y ss.

día ser borrada del pensamiento y de los sentimientos mientras vivieran las diosas y se creyera que ellas regulaban la vida humana. Las mujeres debían identificarse con las diosas y los hombres con los dioses, lo cual permitía percibir una igualdad básica que seguramente provenía de las costumbres y la cotidianidad.

Las ideologías occidentales misóginas que prevalecen aún hoy en día se remontan a dos fuentes clásicas primordiales: la semita originaria de Mesopotamia, tal y como derivó en las formas hebreas cuyo canon se fijó hacia fines del siglo IV AEA, inmediatamente antes de la traducción de Los Setenta, y la clásica griega cuya elaboración docta y literaria data de la misma época. Ambas tradiciones fueron convergiendo en el mundo romano, sobre todo a partir del cristianismo.

De la mitología semita proviene el mito fundacional clásico de nuestra cultura y por lo tanto de nuestra afectividad, que ha llegado hasta nosotros en dos versiones. En una (Génesis 1:26-27):

Yhovah 'Elohyim dijo: Hagamos al ser humano (el *adam*) a nuestra imagen y semejanza. Para que domine sobre todo lo que está vivo sobre la tierra. Creó Yhovah 'Elohyim al ser humano (el *adam*) a su imagen y semejanza, macho y hembra (*zajar unkebah*) los creó.

Los bendijo Yhovah 'Elohyim y les dijo: Reproduzcanse y multiplíquense y llenen la tierra.⁷

En esta versión la divinidad creó simultáneamente dos seres humanos. Esta versión parece venir de una en que, entre los semitas, prevalecía la creencia en una dualidad divina.

La otra versión del mismo mito es la más recordada y difundida; debe de ser más reciente que la anterior y corresponde a la visión patriarcal dominante en el momento en que se estableció el canon del Antiguo Testamento. En esta actualización del mito se establece que Jehová creó primero al hombre, a Adán, tomado de la tierra, y después formó a la mujer: “por eso se llamará varona porque del varón ha sido sacada”,⁸ como lo consigna una traducción que respeta la forma semita original según la cual mujer (*'ishah*) es sencillamente el femenino de hombre (*'ish*) y no una palabra diferente como en nuestra lengua. La mujer, quien al concluir la historia se llamará Eva —la viviente, la

⁷ Las traducciones del Génesis son del autor, de la edición de Sinaí, Tel Aviv, 1994, confrontadas con otras versiones al castellano, sobre todo la católica de *La Biblia Cultural*, PPC y Ediciones SM, Madrid, 1984. Cuando es pertinente se transcriben los términos hebreos del original.

⁸ Génesis 2:23, *La Biblia Cultural*.

animada—, surge de una costilla de quien debía ser su señor. Él había sido encargado por el creador de nombrar y clasificar al universo, esto es, de transformar al *tohu vabohu*, el caos, en cosmos, a la incertidumbre de la naturaleza en el orden de la percepción humana. Por ello, una vez que el mito deja organizado el universo, da entrada a la mujer:

Dijo Yhovah 'Elohyim: No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda. [...]

Entonces Yhovah 'Elohyim hizo un letargo sobre el Adam que se durmió y le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. Y Yhovah 'Elohyim convirtió a la costilla que le quitó al hombre en una mujer (*'ishah*) y se la llevó al hombre (*'adam*).

Dijo el hombre: Esta vez es hueso de mis huesos y carne de mi carne, se llamará mujer (*'ishah*) porque del hombre (*'ish*) fue tomada (Génesis 2:18, 21-23).

Así, la primera mujer fue la ayuda que concibió el todopoderoso para que el primer hombre dejara de estar solo, pudiera reproducirse y se ocupara debidamente de comandar el mundo. He ahí el primer avance de la misoginia fundacional. El segundo es el pecado original: “Tomó Yhovah 'Elohyim al hombre (*adam*) y lo puso en el Jardín del Edén para que lo trabajara y lo cuidara. Dio al hombre este mandato: De todos los árboles del Jardín comerás, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él morirás” (Génesis 2:15-17). Entonces se apareció la serpiente que, como todo mundo sabe, en muchísimas culturas se liga al saber, y después dicen algunos que está ligada a la libido. Ese símbolo del saber se acerca a la mujer y le dice: ¿quieres saber? Y suponemos que Eva piensa que puede escoger entre el árbol de la vida y el árbol del saber y escoge el árbol del saber. Ése es el pecado original: escogió la sabiduría, y porque esa mujer escogió la sabiduría, los misóginos de dios y sus ángeles clausuraron el paraíso.

La serpiente, que era el ser más astuto de los que hizo Yhovah 'Elohyim le dijo a la mujer (*'ishah*): ¡Ah! 'Elohyim les dijo que no coman de todos los árboles del Jardín. Respondió la mujer a la serpiente: De los frutos de los árboles del huerto comemos, pero del fruto del árbol que está en el centro del Jardín dijo 'Elohyim no comerán de él. Dijo la Serpiente a la mujer: No van a morir. Porque 'Elohyim sabe que el día que coman del árbol se abrirán sus ojos y seréis como 'Elohyim concedores del bien y del mal.

Vio la mujer (*'ishah*) que era bueno comer del árbol. Entonces tomó de su fruto, lo comió y le dio también al hombre (*'ish*) para que comiera. Entonces se abrieron sus ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos (Génesis 3:1-6).

Llamó Yhovah ‘Elohyim al Adam y le dijo: ¿Dónde estás? El hombre respondió: Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo.

¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Comiste del árbol prohibido? Entonces dijo el Adam: La mujer (*‘ishah*) que me diste, me ofreció el fruto del árbol, y comí.

Entonces dijo Yhovah ‘Elohyim a la mujer: ¿Qué has hecho?

Y dijo la mujer (*‘ishah*): La serpiente me sedujo y comí.

Dijo Yhovah ‘Elohyim a la serpiente: Como hiciste esto, serás maldita entre todas las bestias y todos los seres vivientes. Entre tu descendencia y la suya habrá enemistad, ella te herirá en la cabeza y tú la herirás en su talón.

A la mujer (*‘ishah*) le dijo: Parirás hijos con dolor, servirás a tu hombre y él te dominará.

Al Adam le dijo: Como oíste la voz de tu mujer (*‘ishah*) y comiste del árbol del que te ordené no comer, maldita será la tierra (*adamah*) por tu culpa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida.

Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra (*adamah*), de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volverás.

Entonces el Adam llamó a su mujer (*‘ishah*) Eva (*Javah*) —vitalidad— porque será la madre de todos los vivientes (Génesis 3:9-19).

Dijo Yhovah ‘Elohyim: Ahora que el hombre es como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal, sólo le falta echar mano también del árbol de la vida, comer su fruto y vivir eternamente.

Entonces Yhovah ‘Elohyim echó del Jardín del Edén al Adam para que trabajara la tierra de la que venía. Expulsó al Adam y en la parte oriental del huerto del Edén puso a los querubines y la espada de fuego para cuidar el camino hacia el árbol de la vida (Génesis 3:22-23).

Esto ya es un punto de partida; antes de que nos hagamos científicos o nos dediquemos a la política, ya tenemos este u otros mitos. También está el de Atenea, nacida de la cabeza de Zeus; si no me acuerdo mal, en uno de los parlamentos de la *Orestiada*, alguien le pide a Atenea que razone como mujer y ella dice: ¿Cómo puedo razonar como mujer si yo nací de la cabeza de un hombre? La sabiduría puede tener forma de mujer, pero viene de la cabeza de un hombre, según esta primera estructuración general del mito.

Simone de Beauvoir escribe su libro *El segundo sexo* para hablar de la situación de las mujeres. Su primera reflexión es ésta: “ningún hombre habría tenido la idea de escribir un libro acerca de la situación singular de los

machos en la humanidad...”. Ella no se concibe como singular, la que es singular es la situación o condición de las mujeres, y un hombre, dice Simone de Beauvoir, “no comienza nunca ubicándose como individuo de cierto sexo”, es decir, no se percibe ni se da por entendido puesto que el hecho de que sea hombre es incuestionable: “El hombre representa a la vez lo positivo y lo neutro hasta el punto de que se dice ‘los hombres’ para designar a los seres humanos”. Un colega decía que Protágoras no estaba hablando de los hombres (en su frase “el hombre es la medida de todas las cosas”). No importa si Protágoras dijo *antrophos* o *androu*, porque el sentido que tiene su sentencia es el que señala De Beauvoir. Uno de los epígrafes de *El segundo sexo* es de Pitágoras: “Hay un principio bueno que creó el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que creó el caos, las tinieblas y la mujer”. Pitágoras no era precisamente un sabio sino un místico, jefe de una comunidad misógina de hombres que tenía ideas religiosas y organizó una sociedad con base en ellas.

Lo que veremos ahora es lo que Aristóteles señala que Pitágoras decía sobre el hombre y la mujer. El número perfecto para Pitágoras es el diez, por lo que habría diez características de lo masculino, opuestas a diez de lo femenino.

Limitado	Ilimitado
Par	Non
Unidad	Pluralidad
Derecha	Izquierda
Masculino	Femenino
En reposo	En movimiento
Recto	Curvo
Luz	Tinieblas
Bien	Mal
Cuadrado	Oblongo

El hombre representa lo limitado, o más bien lo delimitado, en el sentido de que lo delimitado es un orden, está clasificado como dios manda o como dios le mandó a ese antecesor de Pitágoras que se llamaba Adán. Lo masculino es par y al mismo tiempo representa la unidad. Lo masculino es la derecha, lo que está en reposo, lo que es recto, luminoso, el bien y lo cuadrado.

La mujer es lo ilimitado, lo negativo, lo non; es la pluralidad, no la unidad que sería síntesis, esto es, *fascio* —los fazios eran unos haces de flechas unidos por una cinta—, y que representa lo que no puede romperse. Así, cuando hay un non se disloca la unidad. Lo femenino es la izquierda, lo que está en movimiento, lo curvo; corresponde a las tinieblas, el mal y lo oblongo.



Representación de Ishtar, Museo Británico

Lo esencial del contenido, lo que está más profundo en esta concepción de la división dual del universo, sigue prevaleciendo. Posiblemente en cierto tipo de razonamiento a la mujer se le considere la limitada, aunque su contraparte, lo ilimitado, lo entiendo como lo caótico, lo que no tiene límites y por lo tanto no es asible ni ordenable ni está bien formulado. Aristóteles dice que el prestigio moral está definido en la “columna de la izquierda”, obviamente, aunque debería estar en la columna de la derecha.

En el siglo XVII, un señor un poco extraño, un cura, escribe tres libros: uno se llama *La igualdad de los sexos*, otro *La educación de las mujeres* y otro *La excelencia de los hombres contra la igualdad de los sexos*. A él también lo conocí por un epígrafe de Simone de Beauvoir en su libro, que dice: “Debe sospecharse de todo lo escrito por los hombres acerca de las mujeres pues ellos son juez y parte a la vez”.

Él luchaba contra la misoginia y en su escritura demuestra que no hay más diferencia entre los sexos que la que corresponde a las costumbres y a los intereses. Luego, establece un programa para la educación de las

mujeres, a través del cual ellas puedan darse cuenta de que son iguales a los hombres en todo menos en lo que no y que es en última instancia solamente una parte. Así, desarrolla una idea de cómo implementar este programa, ante la oposición de la misma sociedad. La educación tiene un sentido para él: acabar con los prejuicios que se dejan ver en las costumbres, a través de la ciencia. Esto es fabuloso porque la forma en que los expone pareciera adelantarse a Gramsci en los años treinta del siglo pasado: nada tiene sentido si no está arraigado en el sentido común. Como dice Poulain de la Barre: No basta con las ciencias, no basta con las leyes, tiene que convertirse en costumbre.

Con el término misoginia se hace referencia a todas las formas de rechazo a las mujeres, desde las muy sutiles hasta las muy brutales. El fin es inferiorizar a las mujeres, porque la misoginia va ligada a una de las definiciones actuantes en nuestras mentes de qué es ser hombre: antes que nada, significa el no ser mujer, por lo que todo lo que no es un hombre debe ser considerado inferior, ridiculizado. También radica aquí el fundamento de que sólo los hombres serían seres plenos y normales. A las mujeres siempre les faltaría algo; incluso, se pueden ofrecer demostraciones “científicas” de esta carencia supuesta. Conviene aclarar que la misoginia no es rasgo exclusivo de los hombres, pues también se halla interiorizada en las mujeres, quienes han visto su afectividad educada para aceptar que el hombre es, siguiendo a Protágoras, la medida de todas las mujeres.

La misoginia, así, es un *poder patriarcal* que no sólo ejercen los *hombres* en contra de las *mujeres*, sino también *ellas entre sí*. Se funda en la concepción de que sólo los hombres pueden ser plenos y normales, mientras que las mujeres son incompletas, extrañas, anormales, dementes, diferentes y por lo tanto peligrosas. La misoginia se expresa al considerar ciertos todos los defectos que se atribuyen irracionalmente a las mujeres simplemente por serlo, y al reprocharles que ninguna posea el total de las virtudes que se considera que todas debieran tener por el solo hecho de ser mujeres. Lo que se dice negativamente de las mujeres se encuentra en todas partes: en el ámbito académico, la familia, la calle, la iglesia, etcétera. A menudo se argumenta que la misoginia es el origen de la violencia contra las mujeres; yo corregiría esta aseveración diciendo que la misoginia es el motor de la violencia, y es en sí misma violencia, lo que se puede manifestar desde el silencio hasta el asesinato. De este modo, la condición masculina, y las prerrogativas que corresponden a los hombres en el patriarcado ge-

neran nuestra enajenación o alienación, comprendida en dos sentidos.

En primer lugar, a partir de que los privilegios de género, que corresponden a los hombres por el solo hecho de haber nacido como tales, provienen y originan la expropiación (una forma de enajenación, pues se le enajena a otro lo que le es propio) monopolizadora de los recursos sociales y culturales que, así, se evita poner al alcance de las mujeres. Esto, aunque está cambiando, ha venido haciendo a los hombres portadores y beneficiarios de la opresión genérica.

Los hombres —y aquí viene la otra cara de la enajenación— podemos gozar de las ventajas que se nos ofrecen como recompensa por la permanente tensión que ocasiona la obligación de poseer esos beneficios y prerrogativas, aunque no todos los tenemos y no todo el tiempo, pero solamente se tienen mientras cumplamos con los atributos suficientes de lo que se ha llamado la *masculinidad hegemónica*, dado que para poder ser considerados hombres de verdad, es decir, dignos del nombre de hombre, tenemos que llenar ciertos requisitos básicos.

Esta tensión nos ubica en una enajenación permanente. Así, disminuye o anula la posibilidad de construirnos como seres humanos y de contribuir a construir la equidad y la igualdad de los géneros. También, para tomarlo en el sentido propiamente marxista de la enajenación, en cada acción masculina llevada a cabo para gozar de las prerrogativas viriles se deja una parte de las posibilidades masculinas de construir la humanización igualitaria y libertaria de la humanidad y de cada individuo, así como al crear plusvalía los trabajadores dejan una parte de su ser en la mercancía. Así se cultiva la propia enajenación en la estructura de la alienación generalizada.

Esta propuesta teórica, parte fundamental de la teoría y la perspectiva de género, incluye la certeza de que esa nueva construcción es posible en conjunción con los planteamientos feministas, formulados mayoritariamente por mujeres, y con la lucha de éstas a las que los hombres se integran en sus propias búsquedas libertarias y liberadoras.

En este sentido, es pieza inseparable de la metodología filosófica, cognoscitiva, ética y política —formulada y desarrollada durante la última mitad del siglo XX— que abre los senderos igualitarios posibles para el tercer milenio, al que, entre otras cosas por ello, han denominado milenio feminista.

No podemos dejar de lado que, además de un ambiente recurrente en la vida de los varones, y por lo tanto como una marca fundamental en las relaciones socia-

les, la misoginia ha generado también una enorme cantidad de justificaciones científicas.

Daré dos ejemplos, ambos en el Museo del Hombre en París, que visité no hace mucho tiempo aunque creo que ya no existe o está a punto de dejar de existir. En este lugar hay una exposición permanente sobre la historia de la humanidad. La reconstrucción sobre la prehistoria humana está realizada fabulosamente bien, con una abundante cantidad de recursos curatoriales y audiovisuales. Así, lo expuesto puede representar cuevas en las que figuras humanas correspondientes a los fósiles de cada una de las etapas prehistóricas viven en torno a un fogón: las mujeres están echando las tortillas, los niños revolotean aquí y allá y el hombre está aprestado con su piedra para matar al primer mastodonte que se le presente, es decir, estamos ante un paleolítico a nuestra imagen y semejanza, con una implícita justificación de que la familia fue siempre así, en un tiempo en que aún no existía el concepto de familia como ahora.



Diosa Ishtar, Museo del Louvre

A la entrada de la exposición, hay un letrero con información demográfica, que parece broma aunque no lo es: “en el mundo hay 6 mil millones de hombres, su primera característica es que la mitad son mujeres”. Esto quiere decir que la misma demografía se ve dominada por una concepción misógina.

Simone de Beauvoir, analizando el marxismo, señala cómo en él sólo los hombres son el sujeto de la historia, ya como obreros o esclavos, siervos o proletarios, pero las mujeres nunca. Una deriva similar se puede señalar al psicoanálisis que, con todo y haber hecho aportes importantísimos, explica la sexualidad femenina a partir de una carencia. (Frente a este respecto, sería interesante citar la película *Zelig* de Woody Allen, en la que el protagonista está enfermo de mimetización. Cuando lo mandan con una psicoanalista, comienza a actuar como



Daniel Cazés Menache

uno y dice algo así como: “Pues yo discutí mucho con Sigmund, en algunas cosas no estábamos de acuerdo; por ejemplo, él pensaba que las mujeres tenían envidia del pene, y en realidad somos los hombres los que tenemos envidia del pene”).

Para concluir, me interesa referirme de nuevo a la afirmación de Poulain de la Barre: él pensaba que se puede construir una sociedad en que la educación permita la igualdad plena de los sexos. Vuelvo así a la edad clásica, concretamente al mito de Orfeo, en una interpretación heterodoxa.

Orfeo, todo parece indicar, era un chamán que trabajaba con la música, una suerte de psicoanalista de la época que entraba en trance con la música. Un día decidió casarse y se ligó a Eurídice; ella —yo pienso que no estaba muy segura— le dijo que sí, pero el día de la boda, una serpiente le pica y muere, o sea, algo parecido a lo que le ocurrió a Eva, a quien la pica la sabiduría. Orfeo va a los avernos y le toca música al canchero para que lo deje entrar, pues quiere volver a ver a Eurídice; Hades dice que no y Proserpina, su mujer, intercede por Orfeo. Hades accede a permitir el reencuentro de la pareja, con la condición de que él, cuando ella lo siga en su salida de regreso a la Tierra, no vuelva la vista atrás para verla, en cuyo caso la perdería para siempre. Cuando van caminando, Eurídice mira fijamente a Orfeo en la nuca, con lo que provoca que él voltee a verla, y así la pierde.

Orfeo proviene de una región a orillas del Mar Negro, en la actual Rumania, en la que se desarrollan rituales báquicos, que corresponden a la época de la instauración del *logos* en el pensamiento griego y, al mismo tiempo, de movimientos por la libertad intelectual y por la libertad del placer. En estos rituales se podía encontrar a mujeres, conocidas como bacantes —por estar sometidas al dominio de Baco—, y también había otras que, como Eurídice, eran conocidas como ménades. Cuando Orfeo regresa a su tierra, las ménades se le acercan, pero él no quiere tener nada que ver con las mujeres y se dedica a violentar chicos, y las ménades, furiosas, lo destazan y lo tiran al mar. Su cráneo así llega a la isla de Lesbos, donde para entonces ya se había instalado Eurídice, y la calaca de Orfeo queda varada en la playa. Pasa por ahí una serpiente y se le mete por las cavidades. Eurídice lo encuentra y terminan viviendo juntos.

En esta versión, el mito de Orfeo podría ser interpretado como la posibilidad que tenemos los hombres de abandonar la misoginia si tenemos la suerte de que nos pique la ilustración.